

MERCURIO PERVANO

REVISTA MENSVAL DE CIENCIAS SOCIALES Y LETRAS



DIRECTOR

VICTOR ANDRÉS BELAUNDE

MVLTA RENASCENTVR
QVÆ JAM CECIDERE



SUMARIO

- G. Leguía y Martínez.—Manuel González Prada.—Reminiscencias 57
- M. Ibérico R., V. A. Belaunde, A. Ureta, J. F. Elguera y M. Beltroy.—Los diversos aspectos de la personalidad literaria de Manuel González Prada 61 a 81
- Rupert Brooke.—Pvlvis 82
(trad. de Ureta)
- C. Ledger.—Necesidad de un Banco de Emisión 84
- J. L. Madueño.—Fragmentos del Diario Intimo de José García Calderón 97
- A. Jochamowitz.—Los dibujos de José García Calderón 99
- Myriam.—Las heroínas de Shakespeare 103
- Notas 108
- V. A. Belaunde.—Revista Política 118

LIMA

PERV

Los Dibujos de José García Calderón

¿QUIEN que haya conocido a JOSE GARCIA CALDERON no experimentará indefinible emoción al recorrer las páginas que forman sus «Reliquias»? ellas, que al mismo tiempo que entregan a la inmortalidad los trazos impecables del artista, constituyen el más delicado testimonio de piedad fraternal del grupo maravilloso que forman FRANCISCO, VENTURA y JUAN GARCIA CALDERON.

Allí, al lado de las sabias críticas y sutiles observaciones, se encuentran croquis de rincones noblemente añejos, visiones de un fervoroso amante de la belleza, dibujante poeta, de aquel que, en singular dualismo, no se contentaba con vivir en el mundo abstracto de las ideas ni con la apreciación comparativa de las realidades exteriores, sino que necesitaba objetivar sus aspiraciones dando forma a su fantasía.

Escéptico, sin llegar jamás a la apatía, porque llevaba en sí un poder creador demasiado imperante para no traducirse en acción y encontrando en las artes incentivo constante para su insaciable curiosidad, la multiplicidad de sus facultades unida a su variada y escogida cultura, las lecciones aportadas de sus viajes, sus conocimientos en las ciencias exactas y su versación en la música pura, formaban una personalidad tan compleja, que es difícil definirla ni clasificarla.

Algunos aspectos del mundo sajón se acomodaban a su carácter: de Inglaterra impresionábalo el consejo balsámico y depurante de Ruskín; la poesía captivante de los prerafaelistas; Alemania le brindó la ciencia del Durero, el lirismo de Wagner, al que si bien discutía los enrevesamientos dramáticos le reconocía su imponente musicalidad; la sentencia incommovible de Beethoven.....

Pero la concepción latina se adaptaba mejor a su temperamento. Veía en Miguel Angel a un Dios, tenía culto por Fra Angélico y por Leonardo; Velásquez lo subyugaba, y en que lugar había de organizar su vida sino en Francia, donde respiraba el ambiente que le era propicio, bullente de ideas y saturado de arte, bajo un cielo cambiante y en una atmósfera sutil y de tamizada luz que

confiere renovada poesía a las cosas, ya bellas en sí; allí, en París, la capital del espíritu latino, según Paul Bourget, la «Ciudad Síntesis» como la calificó su hermano Francisco, su existencia se desenvolvió dichosa, entre bienhechora admiración y confortante amor.



La arquitectura lo atraía singularmente; en ese arte, que reclama todas las manifestaciones de la belleza plástica, el más utilitario en su finalidad y el más imaginativo en sus concepciones, aquel que primero demandó el hombre y en el que se refleja la modalidad de una época y de una sociedad; que impone la más sabia lógica, que debe ser ante todo orden y armonía, en ese arte, sus diversas facultades debían encontrar aplicación.

Admitido en el taller de Deglane, el creador del Grand Palais, seguía los cursos de la Escuela de Bellas Artes de París guiado por ese eminente profesor.

Cuantas veces recibí de García Calderón las pruebas de su devoción por la carrera que abrazaba y su satisfacción por el medio artístico en que se formaba. Y en alguna oportunidad me manifestó sus propósitos, para más tarde, una vez terminada su preparación y ya en completa posesión de su talento, de traer a su país natal el fruto de sus esfuerzos y contribuir al progreso de la arquitectura en el Perú.



El dibujo era para él su mayor atractivo y alcanzó perfecto dominio en el género a que se dedicó que, por tendencia natural, lo dirigía al paisaje urbano, buscando las agrupaciones pintorescas de antiguas moradas o los majestuosos monumentos cargados de historia. Sus dibujos son acabados, no por una labor paciente de pulimento ni por un preconcebido cuidado de factura, sino porque su mano procedía, con absoluta seguridad, a traducir la sensación que le embargaba; muy personales, hay en todos ellos una disciplina y una claridad que eran, en primer lugar propias de su temperamento pero que también se las imbuía la enseñanza gala.

Tuvo gran predilección por el pintor Lepère, que es también un gran grabador, el que llegó a influir algo en su estilo. Gustaba de este probo artista, la sinceridad de la expresión, la frescura espontánea de su colorido y la variedad infatigable de los temas, que interpretaba con procedimientos que ni indicaban esfuerzo ni acusa-

ban dejadez; con él compartía su desden por los academismos caducos así como su recelo por las extravagancias post-impresionistas.

Buscaba a menudo los seductores efectos de las construcciones al reflejarse en la superficie ondulante de las aguas y en el entortijado e inestable serpenteo en que se convierten las rectas al mirarse en el espejo moviente, se afinaba su ágil percepción; él decía «el reflejo hay que estudiarlo como si se tratara de una naturaleza muerta». Pero consciente de las leyes de la estética, que aconsejan no tratar dos veces el mismo asunto en una obra, se le vé presentar el reflejo escondiendo el objeto que lo produce, como hace el pintor noruego Fritz Thalow en sus vívidos paisajes fluviales.

Y en los puentes que despliegan sus dilatados arcos sobre el Sena, a lo largo de este río, cuyas aguas amarillentas—dice Flaubert—«exhalan la frescura de este aire de París, que parece contener efluvios amorosos, y emanaciones intelectuales» que serpentea magestuosamente, besando seculares prodigios de belleza: Notre Dame, el Louvre, los Inválidos....., encontraba el dibujante García Calderón fuente inagotable de inspiración.

Sus manos ágiles parecían retozar sobre el papel, dejando menudos y nerviosos trazos, que ya se reunían en haces, aparentemente insubordinados, para formar la sombra proyectada por algún muro, o en bien medita densidad, constituían los «valores» o sea la cantidad de sombra con que cada objeto se presenta a la vista en su plano respectivo, y a la facultad de acertarlos, en que reside uno de los más decisivos factores de la técnica pictórica, deben en parte su mérito y singular plasticidad esos diseños.

Con la receta que le era propia, pues todas sus láminas llevan impresas su fuerte sello personal, así limaba las hirientes aristas de los poliedros como daba interés a las desnudas superficies planas, transformando la rehacia limitación geométrica del carapacho humano en visiones de gracia y harmónica e impalpable luminosidad.

En toda su perseverante labor, de la que las planchas de las Reliquias no exhiben sino una pequeña parte, ninguna pretensión, ninguna creencia de haber realizado obra trascendente; lápiz era su tarea favorita, pues al mismo tiempo que se absorbía en el deleite de acariciar con la mirada los juegos de claridad y penumbra de las maravillas góticas o el irisado ropaje de los testers moriscos, deteniendo su atención en cada uno de los detalles de esas ricas arquitecturas, experimentaba la satisfacción de recibir las más grandes lecciones de arte, tratando de comprender el espíritu que animó a sus conceptores y luego, inte-

rrumpiendo sus justificados éxtasis, bajando la vista hácia su cuaderno, transcribía sus impresiones, seleccionando y estilizando las formas, que dejaba inscritas, como estenógrafo que traza signos propios para recordar las frases de un gran discurso.

* * *

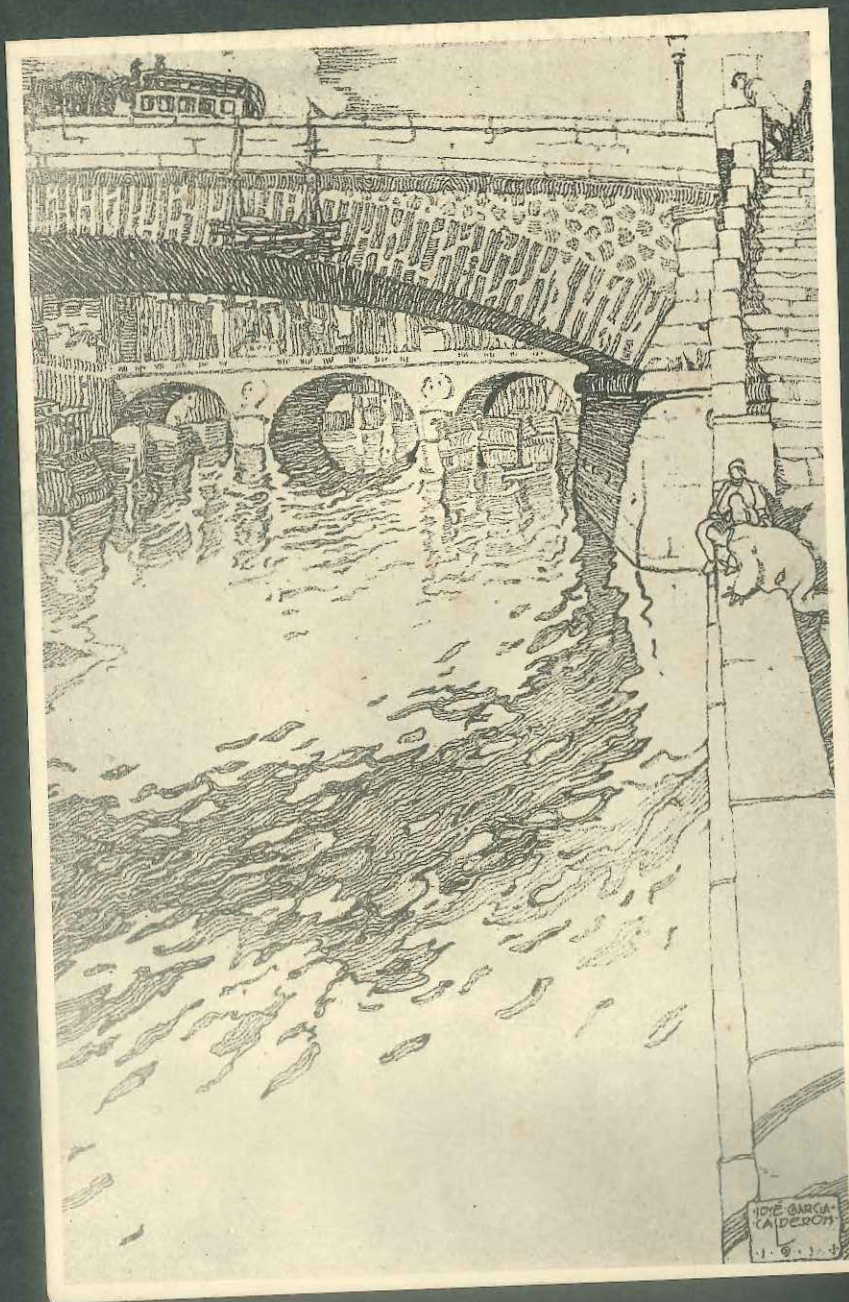
La desaparición prematura de José García Calderón trae a la mente la de Bonington y la de Lekeu; aquel, el pintor inglés, que a los 27 años había ya dado a la pintura nuevas orientaciones; este, el genial músico belga, que aún no había cumplido cinco lustros cuando la muerte interrumpió una de las más prometedoras carreras musicales.

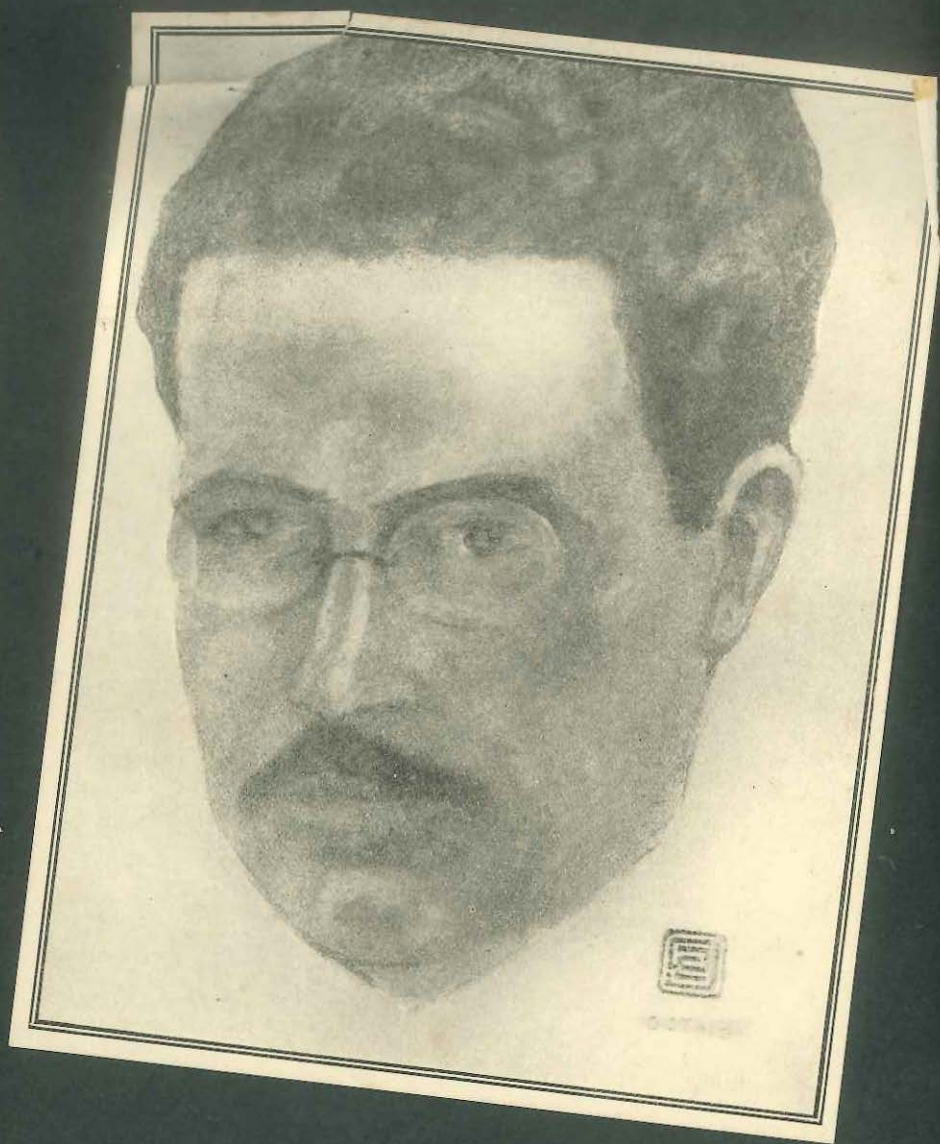
El género de sacrificio lo coloca al lado de Regnault, el vigoroso artista, que sucumbió en 1870 en Buzenval; pero más hermoso aún es el de García Calderón, pues virtió su sangre para defender la tierra de su predilección. Morir por su propio país, es cumplir un sagrado deber; pero entregar su vida por un ideal, no en un arrebatado de entusiasmo, sino por deliberación de una conciencia perfectamente equilibrada, dejando una vida cómoda, libre y llena de esperanzas, es realizar una acción sublime.

Todo vino a juntarse en milagroso concurso en ese ser de excepción. A sus cualidades morales, que le ganaron la estima y afecto de cuantos le conocieron, se aunaban su prodigioso y multiforme temperamento artístico, que puesto al servicio de su carácter, estaba destinado a desempeñar un rol preponderante en su generación.

Ser noble y bueno, laborioso, justo, afectuoso, modesto y solícito; sin rencores, ni resabios ni dobleces, son virtudes que hacen que quien las reuna merezca un lugar aparte en la consideración general. Poseer una fina inteligencia y un espíritu elevado, cultivarlo y perseguir incesantemente su perfeccionamiento, es pertenecer al número escogido de la nobleza, tal y como ella debe entenderse. Disponer de un talento, educarlo y ejercitarlo, es patrimonio de un grupo de privilegiados. Verse favorecido con varios medios de expresión y manejar con igual fortuna el lapiz y la pluma, para pintar con la palabra y sugerir con la forma, es rara excepción.

Pero poseer simultáneamente, todas estas cualidades y dones y ser también un héroe..... yo no conozco sino un solo caso: ¡José García Calderón!





Cabeza de José García Calderón
dibujada por su hermano Juan